

ración: « Hé aquí en la cara de Cristo la perfección de Dios; él es « nuestro modelo, nuestro tipo, nuestro ideal, es preciso imitarle; « como hijo de Dios, es la imagen de la sustancia del Padre; como « discípulos de Cristo, nuestra perfección es la imagen de él mismo. » Cada uno dice al mirarle: Yo le imitaré; si no puedo reproducir en mí la perfección de mi modelo, á lo ménos reproduciré alguna facción por separado. Yo, dice uno, imitaré su humildad: yo, dice otro, imitaré su caridad: yo, dice un tercero, imitaré su obediencia; y mientras que cada uno se aplica á grabar en sí mismo algún rasgo notable de su fisonomía, todos reciben con diferentes medidas la impresión del conjunto. Cada fracción de esta humanidad cristiana imita de una manera especial una faz de su Cristo, pero todos le imitan, porque imitar á Jesucristo para hacerse á imagen suya es la primera ley de los cristianos.

Ahora bien, imitando los cristianos á Jesucristo se hacen santos á medida de esta imitación. Jesucristo grabándose él mismo en aquellos que fijan en él sus miradas, que le adoran y le imitan, graba en ellos la imagen de la santidad, la santidad misma: porque, cuanto más le imita un hombre, tanto más cristiano es, y cuanto más cristiano, tanto más santo.

Así es como la verdadera noción del cristianismo y de la santidad se despeja de las obscuridades que la alteran en nuestro pensamiento. El cristianismo es la imitación de Jesucristo, y la santidad es un engrandecimiento de nuestro cristianismo, es decir la imitación misma de Jesucristo en un grado superior. La santidad es la aristocracia del cristianismo; los santos no son otra cosa que los mejores de los cristianos; y si debemos definirle bien, el santo es un gran cristiano: cristiano heróico, que tiene el valor de llevar á cabo las consecuencias del Evangelio.

Algunos quieren hacer de los santos una clase de hombres á parte, una raza separada, una especie de casta scética investida de no sé que perfecciones inaccesibles al resto de los cristianos, una excepción sublime en el cristianismo. Nada más falso que esta idea de la santidad, y se la invoca de buena gana para librarse del cuidado de ser santo; es la estrategia de la naturaleza, pero no es más que un error que sirve de pretexto á una cobardía. No hay duda que en la vida de los santos

se encuentran fenómenos prodigiosos: Dios los honra con una familiaridad que parece á veces separarlos de nosotros; deja caer sobre ellos efusiones de su amor, cuyo milagro nos llena de admiración, y ellos corresponden con frecuencia á estos dones de Dios con inmoluciones de sí mismos que á la admiración añaden el espanto. Estas son, puede decirse, las recompensas, los privilegios, los prodigios de su santidad; pero no la santidad en sí misma. Los santos son lo que somos nosotros los cristianos; pero lo que nosotros somos, ellos lo son mejor que nosotros: nosotros somos cristianos vulgares, los santos son cristianos eminentes; nosotros no somos más que soldados, ellos son héroes; gigantes del cristianismo, que se han hecho grandes con la gracia divina y su propio esfuerzo hasta llegar á la medida de Cristo y al hombre perfecto.

II.

Así se explica desde luego el poder del cristianismo para crear santos: su ideal es la santidad misma personificada en el Hombre-Dios; y este ideal se graba en el alma de los verdaderos cristianos con el poder de la imitación para representar allí á Jesucristo.

Pero la santidad no es solamente el ideal del cristianismo; es también la *necesidad* íntima de su vida. Esta necesidad de santidad que se manifiesta en todo cristianismo sincero, podría explicarse ya por el solo poder de este ideal. En efecto, siendo este ideal, no una idea abstracta, sino una persona viva, una persona amada y adorada, es fácil comprender que en vista del brillo de este ideal que es la santidad en persona, nazca por sí misma la necesidad de ser santo en el corazón de aquel que la ama y la adora. ¿Hay por ventura una ambición más natural al alma humana que la de hacerse á la imagen de aquello que ella ama y adora? Y al ver á Jesucristo amado y adorado de las naciones, ¿qué necesidad podía producirse con más espontaneidad que la de ser semejante á Jesucristo?

Más esta necesidad de santidad que se encuentra en todo cristianismo verdadero, proviene de un motivo más profundo, proviene de la naturaleza, de la esencia misma del cristianismo que vive en el hombre. Todas las cosas tienen necesidades conformes á su naturaleza y á su constitución. Ahora pues, ¿en qué consiste la naturaleza íntima,

la sustancia propia del cristianismo? ¿Qué es lo que constituye en el cristiano el misterio de la vida cristiana? Mas claro, ¿cuál es la esencia ó mejor la savia de esta vida superior y sobrenatural, que hace que un hombre, llegando á ser mas que un hombre, toma este nombre glorioso de *Cristiano*? Todo se resume en esta fórmula muy sencilla: *Jesucristo que vive en el hombre*.

Aquí el naturalismo sacudiendo la cabeza se pone á reír y dice: ¿Qué es ese misterio que yo no comprendo? Esa sustancia sobrepuesta á la vida puramente humana no es mas que un sueño místico. Allí, en el fondo del alma del cristiano no hay mas que lo que hay en toda alma, lo humano, nada mas que lo humano. Esa otra vida impalpable, ese mundo sobrenatural que vosotros creéis descubrir en el santuario misterioso de vuestra vida íntima, no es mas que un encanto piadoso, un miraje religioso que hace ver al cristiano como que vive en sí mismo el Dios á quien adora. Dejad pasar sobre ese miraje la luz de la naturaleza: á la antorcha pura del racionalismo moderno se desvanecerán pronto esos sueños; y en el cristiano no quedará mas que el hombre, y en este hombre un nombre que atestigüe que es un discípulo de Cristo.

Así, segun la opinion racionalista, el cristianismo de un hombre no tiene sino un valor nominal; es una relacion puramente dogmática é histórica entre un hombre y el Cristo; pero en el punto de vista de la vida íntima es el vacío, la nada; y toda la realidad de la vida del cristiano no es mas que una ilusion sagrada que le muestra en el fondo de un hombre el fantasma de Dios.

Tal es el naturalismo, esa gran locura de los ideólogos modernos: el hombre sin Dios, la naturaleza solitaria, desnuda y triste, llevando en medio de ella como su única luz la razon con sus luces vacilantes como una lámpara dentro de un sepulcro. La naturaleza *despojada* de lo sobrenatural, el hombre desnudo de lo divino, hé aquí el naturalismo en su resumen corto pero verídico: insulto solemne al instinto de todos los pueblos, mentís audaz dado á toda religion y especialmente al cristianismo que es la vida de Dios en la humanidad; panteísmo teórico y práctico, cuya esencia es la supresion de lo que es sobrenatural, y la negacion radical del cristianismo.

No es mi ánimo refutar en este momento este grande error del siglo

décimonono: puede que el curso de las cosas me procure un dia ocasion de atacarlo de frente; y me contento por hoy con oponer á la negacion racionalista la afirmacion cristiana.

¿Y qué afirma ante todo esta radical y suprema afirmacion? Afirma como dogma fundamental del cristianismo y como siendo el mismo cristianismo, que *Jesucristo vive en el cristiano*. Jesucristo exponiéndose á las miradas del cristiano como modelo de perfeccion, es el ideal del cristianismo; pero Jesucristo viviendo en nosotros y en el centro mismo de nuestra vida, es la sustancia y la naturaleza íntima del cristianismo.

Tal es por excelencia la afirmacion cristiana, la que rechaza el naturalismo como la luz rechaza las tinieblas. El naturalismo es el hombre despojado de lo que es sobrenatural, y decapitado, por decirlo así, de Jesucristo; el cristianismo es el hombre vestido de lo sobrenatural y coronado de Jesucristo. Sí, yo lo creo: mas alto que esta vida que hace el que yo pueda decir: Yo soy hombre, hay en mí otra vida que hace el que pueda decir: Yo soy cristiano. Esta vida es Jesucristo que vive en mí; es yo que vivo de la vida de Jesucristo; y como el grande apóstol conmovido al contacto de esta vida divina, necesito exclamar delante de vosotros: La vida mia es Cristo: *Mihi vivere Christus est*. O Pablo, ó adorador, ó amante apasionado de Jesucristo, yo creo el grito de tu alma que siente en sí la vida de Jesucristo; yo creo la afirmacion, y mejor diria el entusiasmo de mis hermanos los santos; yo creo el testimonio de mi alma que se anima para afirmar delante de vosotros el misterio de su propia vida; yo creo el estremecimiento de mis labios que vibran al pronunciar estas palabras al sople mismo de Jesucristo; yo creo en fin el asentimiento unánime y simpático de tantos corazones que vienen á mi encuentro, y parece que me dicen al reconocer en esta palabra el grito salido de ellos mismos: Sí, la vida de Cristo está en nosotros, y nuestra dicha y regocijo es el vernos contigo unidos en esta vida fraternal. Hermanos míos (¿qué otro nombre puedo daros hablándoos de este misterio en donde está el secreto de nuestra fraternidad?) hermanos míos, vosotros teneis razon; sí, la vida de Cristo está en vosotros, y vuestra vida y su vida no son dos vidas, sino una sola vida: *Christus vita vestra*. Somos muchos los que nos hallamos aquí, y sin embargo no somos mas que uno: *multi unum sumus*; y el

vínculo divino de esta unidad es Cristo, *multi unum sumus in Christo*. Su vida está en vosotros, su vida está en mí, su vida está en todos nosotros, y su vida es todo en cada uno, como es todo en todo: *omnia in omnibus Christus*. Hé aquí mi cristianismo, y cualquiera que predique otro no es cristiano. Y yo de lo alto de este gran púlpito, en que la verdad cristiana se sienta y se afirma en nombre de Jesucristo, le declaro á ese tal un *antecristo*.

Habiéndoos revelado este misterio de la vida cristiana oculto á los sabios de este mundo, ya os es fácil entender porque la santidad es la necesidad innata de todo verdadero cristianismo. En efecto, de allí nace en todo verdadero cristiano un sentimiento verdaderamente nuevo, sentimiento místico pero real que se llama el sentimiento verdaderamente íntimo del verdadero cristianismo, sentimiento rigurosamente divino que no es otro que el sentimiento de Jesucristo que san Pablo expresaba por estas palabras admirables: *Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu*.

De allí nace también en los verdaderos cristianos la inteligencia de su propia nobleza; nobleza sin igual, que obliga á aquel que la tiene á todo lo que es mas puro, mas santo y mas semejante á Dios. El cristiano, unido por este contacto divino á la grandeza de Dios, comprende la altura de su descendencia y la ilustración de su casta, pues sabe que es de una descendencia divina y de la casta de los santos. Su asociación mística á la vida misma de Dios le recuerda á todas horas la ley sublime de su vida y su obligación suprema, la ley de la santidad y la obligación de reflejar en sus actos las perfecciones de Dios cuya vida lleva en el centro de su propia vida.

De allí asimismo nace en el cristiano un tacto de la pureza y de la santidad que la naturaleza no puede dar, y que la razón misma no nos enseña, tacto tan delicado como sublime y profundo. La sola sombra del mal da horror al verdadero cristiano, y la sospecha de una mancha le da espanto. Entre lo que es impuro y lo que es cristiano siente el alma y el corazón un antagonismo innato y repulsiones profundas, y entre lo que es cristiano y lo que es puro siente armonías íntimas é indecibles simpatías.

De allí por último esas aspiraciones angelicales hácia todo lo que es mas espiritual, mas elevado, mas radioso y mas celestial; esos impulsos

de la vida hácia todo lo que es perfecto como Dios, santo como Jesucristo, inmaculado como su augusta Madre; y para resumir en una sola palabra este resultado inmenso, de allí en el fondo del alma humana lo que he llamado la *necesidad* de ser santo. La necesidad de ser santo, esto es lo que quería mostraros como oculto en este misterio íntimo de la vida cristiana. ¡La necesidad de ser santo! ¿por ventura no es la pasión de todo aquel que ha sentido agitarse en su alma como en su santuario la vida del Santo de los santos? ¡La necesidad de ser santo! ¿Acaso puedo yo sentir otra cuando creo que mi alma se ha desposado con Jesucristo, y contraído con la santidad en sustancia un matrimonio dos veces sagrado? ¡La necesidad de ser santo! ¡Ah! cuando siento que Jesucristo vive en el fondo de mí mismo, el ser santo es el grito de todo mi ser, es el fervor de mi corazón, es la aspiración de mi alma, es el arrebató de toda mi vida: porque ¿qué hacer, yo que soy cristiano, si no soy santo, á ménos de echar Jesucristo de mí mismo y romper con un crimen el lazo que me une á la santidad? ¡Yo cristiano, separarme de Jesucristo! no puedo consentirlo; y por lo tanto, cueste lo que costare quiero ser santo hoy, mañana y siempre. Así como toda planta suspira por el rocío, toda flor por el sol, toda vida por su atmósfera, así mi cristianismo suspira por la santidad, y su invencible necesidad es producir, agrandar y desarrollar cada día mas aquello que toma del centro mismo de la vida de Jesucristo.

Y ved por qué la santidad tanto en un hombre como en un pueblo cristiano es el fruto espontáneo de su cristianismo y se hace á su medida; y en todas las partes en que Dios lo siembra, sea en una alma, una familia ó una nación, es la santidad como su propia germinación y natural crecimiento.

¿Habeis crecido en el cristianismo? Entónces afirmo que habeis crecido en la santidad, porque estos dos crecimientos se siguen con exacta proporción. ¿Sois vosotros mas cristianos? Luego sois mas humildes, mas castos, mas desprendidos de vuestra voluntad, mas apacibles, mas sufridos, mas caritativos, mas virtuosos, en una palabra mas santos. Creciendo vuestro cristianismo, se cubre de los adornos de vuestra santidad y de la fecundidad de vuestras virtudes, lo mismo que un árbol de la belleza de sus hojas y de la abundancia de sus frutos.

Por el contrario, ¿habeis descrecido en el verdadero cristianismo?

Entonces afirmo que ha decrecido vuestra santidad en una misma proporcion y una misma medida. Vosotros sois menos humildes, menos castos, menos desprendidos de vuestra voluntad, menos caritativos, menos santos, porque sois menos cristianos. Podeis hacer mil veces esta observacion, seguros de que no os equivocareis jamas. En vano se pretende hacernos creer en la fecundidad de las virtudes y crecimiento de la santidad en las almas faltas de cristianismo : mas bien creeria en la fecundidad de las mieses y descogimiento de las flores sin el rocío del cielo y los rayos del sol. ¡Oyé! vosotros quitais á la naturaleza humana su atmósfera divina, le privais el que pueda mirar á Jesucristo que es como su sol, le separais la vida de Jesucristo que es como su savia, y le pedis que produzca flores celestiales de santidad y cosechas de virtudes? ¡Insensatos! vosotros convertis el hombre en desierto, y el hombre no producirá mas que lo que produce el desierto. ¡Ah! la fecundidad de la vida separada de Jesucristo bien la conocemos, demasiado la conocemos; salvo raras excepciones, esta fecundidad no es otra que la fecundidad del vicio. Todo aquel que se jacta de que hará salir sus virtudes de las ruinas de su cristianismo, es un mentiroso que engaña á los otros engañándose á sí mismo. Si quereis aumentar vuestras virtudes, aumentad vuestro cristianismo : el cristianismo elevándose en vosotros, elevará en vosotros la santidad que sale de él y que no es otra cosa que él mismo. Y lo que decimos de un hombre, es mas palpable aun cuando se trata de una sociedad. Haced la prueba de sembrar y hacer crecer en un pueblo el verdadero cristianismo sin hacer crecer la santidad : esto no lo lograréis. Aunque cayera en medio de la nacion mas corrompida, si él puede arraigarse, hará fermentar aquella masa de corrupcion y salir de aquel fermento divino la santidad de los hombres.

III

En efecto, la historia del cristianismo atestigua con una evidencia tan clara como la luz del sol, que en todos lugares y tiempos ha hecho él salir en la humanidad y de su propia fecundidad generaciones de santos. Porque la historia del verdadero cristianismo es el

mismo Jesucristo tomando expansion en los siglos, y manifestándose por medio de prodigios de santidad en los cristianos ilustres.

La santidad, ó sea la virtud bajo todas sus faces, elevada hasta el heroismo es un hecho exclusivamente cristiano. La antigüedad tuvo grandezas que no tenemos ningun motivo para negar : ella produjo poetas, oradores, literatos, artistas, filósofos, legisladores, capitanes, héroes, cuya gloria brilla aun con un lustre indisputable. Una sola cosa le ha faltado invenciblemente, y es producir santos. Ella ha hecho subir á ciertos hombres sobre sus altares, y les ha dado delante de los pueblos una auréola celestial. Pero notadlo bien : lo que hacia subir sobre el altar á los grandes hombres de la antigüedad, era la fuerza, era la victoria, era la celebridad, era á veces el crimen, pero nunca la santidad. Aquellos semidioses en pié sobre los altares del paganismo no indicaban el hombre elevado hácia Dios, sino Dios abajado hasta el hombre ; no era aquello la glorificacion dada á la humanidad, era el oprobio infligido á la divinidad.

No ignoro que la antigüedad pagana ha podido contar en un país famoso hasta siete sabios; pero cuando se estudia de cerca la vida de aquellos santos del paganismo, se pregunta uno á sí mismo si este nombre de sabio sería tal vez una ironía echada á sus filósofos por la Grecia burlona.

Pero sea lo que fuere, lo cierto es que en el punto de vista del valor moral aquellos virtuosos de la antigüedad no serian en medio de nosotros ni siquiera cristianos mediocres. El cristiano que hace su deber, aun el mas vulgar, deja muy al detras á los sabios de la Grecia. En el fondo de sus virtudes se descubre casi siempre un no sé qué que las corrompe; el egoismo se deja ver tras la abnegacion, y el orgullo tras el heroismo.

En este estado se hallaba el mundo antiguo con sus filósofos, sus poetas, sus oradores, sus héroes, sus legisladores y todos sus mas eminentes hombres, cuando de repente un fenómeno inesperado llenó de pasmo con su primera aparicion aquel mundo sentado con sus ilustres en el seno de sus corrupciones. ¿Qué habia sucedido? El cristianismo acababa de nacer, y la necesidad que él llevaba en su vida, se manifestaba ya en su historia. La vida de Jesucristo manifestada por los santos se desplegabá en la humanidad en virtudes sobrehumanas; y la